

hubiera detenido mas de una vez el curso de sus victorias, si hubiera podido vencer la extrema repugnancia de los Lacedemonios á toda especie de guerra.

Tal era la disposicion de los ánimos entre todas las naciones de la Grecia. Pericles era odioso á los unos, y temible á todos. Su reinado, porque este es el nombre que se puede dar á su administracion, no habia padecido alteracion por los gritos de la envidia, y aun menos por las sátiras ó chanzas que se permitian contra él en el teatro, ó en las tertulias. Pero á esta especie de venganza, que consuela al pueblo en su debilidad, sucedieron al fin murmuraciones sordas, mezcladas de una inquietud sombría, que presagiaban una próxima revolucion. No atreviéndose sus enemigos á atacarle directamente, ensayaron sus armas en los que habian merecido su proteccion ó su amistad.

Fidias, encargado de la direccion de los soberbios monumentos que hermosean á Atenas, fué denunciado de haber sustraído una parte del oro con que debia adornar la estafua de Minerva: se justificó de semejante cargo; pero no por eso dejó de morir en una prision. Anaxágoras, acaso el mas religioso de los filósofos, fué acusado ante la justicia de crimen de impiedad, y obligado á huir. La esposa, la tierna amiga de Pericles, la célebre Aspasia, acusada

de haber ultrajado la religion con sus discursos, y las costumbres con su conducta, defendió por sí misma su causa, y apenas bastaron las lágrimas de su esposo á libertarla de la severidad de los jueces.

Estos ataques no eran mas que el preludio de los que hubiera sufrido, cuando un suceso imprevisto reanimó sus esperanzas, y aseguró su autoridad.

#### GUERRA DEL PELOPONESO.

Corcira tenia guerra años habia con Corinto, de donde traía su origen. Segun el derecho público de la Grecia, una potencia extranjerana no podia mezclarse en las desavenencias que se suscitaban entre una metrópoli y su colonia. Pero era muy interesante á los Atenienses atraerse un pueblo, cuya marina estaba floreciente, y que por su situacion podia favorecer el paso de sus flotas á Sicilia é Italia. Le recibieron en su alianza, y le enviaron socorros; y los Corintios publicaron que los Atenienses habian quebrantado la tregua.

Potidea, otra colonia de los Corintios, habia abrazado el partido de los Atenienses. Desconfiados estos últimos de su fidelidad, no solamente pidieron rehenes, sino tambien que

demoliese sus muros , y despidiese á los magistrados , que segun costumbre , recibia de su metrópoli todos los años. Potidea se reunió á la liga del Peloponeso , y los Atenienses la sitiaron.

Algun tiempo antes los Atenienses con muy leves pretextos habian prohibido á los de Megara , aliados de los Lacedemonios , la entrada de sus puertos y de sus mercados. Otras varias ciudades estaban quejasas por la pérdida de sus leyes y de su libertad.

Corinto , que queria suscitar una guerra general , adoptó sus quejas , y supo empeñarlas en pedir una satisfaccion ruidosa á los Lacedemonios , gefes de la liga del Peloponeso. Llegaron á Lacedemonia los diputados de estas diferentes ciudades : se les junta , y exponen sus agravios con tanta acrimonia como vehemencia : dicen lo que han sufrido , lo que tienen que temer , todo quanto dicta una justa venganza , y quanto pueden inspirar el odio y los zelos. Cuando los espiritus estuvieron dispuestos á recibir las mas fuertes impresiones , toma la palabra uno de los embajadores de Corinto , y vitupera en los Lacedemonios aquella sinceridad , que no les permite sospechar la mala fe de los otros ; aquella moderacion de que se les hacia un mérito , y que los obliga á mirar con indiferencia los intereses de las potencias vecinas.

« ¿ Cuántas veces , decia , os hemos advertido los proyectos de los Atenienses ? ¿ Y qué necesidad hay de recordároslos todavia ? Corcira , cuya marina , en caso oportuno , podia favorecer tan bien nuestros esfuerzos , ha entrado en su alianza : Potidea , esa plaza que aseguraba nuestras posesiones de Tracia , va á caer en sus manos. A vosotros solos os acusamos de nuestras pérdidas : á vosotros , que despues de la guerra de los Medos habeis permitido á nuestros enemigos fortificar su ciudad , y extender sus conquistas : á vosotros , que sois los defensores de la libertad , y con vuestro silencio favoreceis la esclavitud : á vosotros , que deliberais cuando es necesario obrar ; y que no pensais en defenderos sino cuando el enemigo cae sobre vosotros con todas sus fuerzas. Todavía nos acordamos : los Medos , salidos del fondo del Asia , habian atravesado la Grecia , y penetrado hasta el Peloponeso , cuando vosotros estabais muy tranquilos todavia en vuestros hogares. No tendreis que combatir ahora contra una nacion lejana , sino contra un pueblo que le teneis á vuestra puerta ; contra esos Atenienses , cuyo caracter y recursos no conocisteis jamas , ni los penetráis todavia. Espiritus ardientes en formar proyectos , diestros en variarlos en las ocasiones ; tan prontos en ejecutarlos , que

« para ellos es lo mismo poseer que desear ; tan  
 « presuntuosos , que se creen despojados de las  
 « conquistas que no han podido hacer ; tan an-  
 « siosos , que jamas se contentan con las he-  
 « chas : nacion valiente y turbulenta , cuyo atre-  
 « vimiento crece con el peligro , y la esperanza  
 « con el reves : que mira la ociosidad como un  
 « tormento , y á la que los dioses irritados ar-  
 « rojaron sobre la tierra para no estar en des-  
 « canso jamas , ni dejar descansar á las otras .  
 « ¿ Qué oponéis vosotros á tantas ventajas ?  
 « Pensamientos inferiores á vuestras fuerzas ;  
 « desconfianza en las resoluciones mas sábias ,  
 « lentitud en las operaciones , desmayo á los  
 « primeros reveses , temor de extender vuestros  
 « dominios , y negligencia en conservarlos . To-  
 « do , hasta vuestros principios , es tan perjudi-  
 « cial al reposo de la Grecia , como á vuestra  
 « seguridad . No atacar á nadie , ponerse en dis-  
 « posicion de no ser atacado jamas... no os pa-  
 « recen medios suficientes siempre para asegu-  
 « rar la felicidad de un pueblo . Vosotros queréis  
 « que no se venga el insulto sino cuando de  
 « esto no resulta ningun perjuicio á la patria .  
 « Máxima funesta , y que adoptada por las na-  
 « ciones vecinas , apenas os libertaria de sus in-  
 « vasiones .  
 « ¡ O Lacedemonios , vuestra conducta se re-  
 « siente demasiado de la sencillez de los prime-

« ros siglos ! Tiempos diversos , requieren otras  
 « costumbres , y otro sistema . La inmovilidad  
 « de principios no es adaptable sino á una ciu-  
 « dad que gozase de una paz eterna ; pero cuan-  
 « do por sus relaciones con otros países , se com-  
 « plican mas sus intereses , se necesita una po-  
 « lítica mas refinada . Abjurad pues , á imitacion  
 « de los Atenieses , esa rectitud que no sabe  
 « acomodarse á los acaecimientos : salid de esa  
 « indolencia , que os tiene encerrados en el re-  
 « cinto de vuestros muros : haced una irrupcion  
 « en la Atica : no obliguéis á vuestros aliados ,  
 « á vuestros fieles amigos , á arrojar se entre los  
 « brazos de vuestros enemigos ; y puestos al  
 « frente de las naciones del Peloponeso , mos-  
 « traos dignos del imperio que nuestros padres  
 « confirieron á vuestras virtudes .  
 « Los diputados atenienses que estaban en La-  
 « cedemonia por otros asuntos , pidieron permiso  
 « para hablar , no para responder á las acusacio-  
 « nes que acababan de oír , pues no eran sus jue-  
 « ces los Lacedemonios , sino solamente para mo-  
 « ver la asamblea á suspender una decision que  
 « podia tener consecuencias funestas .  
 « Recordaron con complacencia las batallas de  
 « Maraton y de Salamina ; y que los Atenieses  
 « eran los que las habian ganado , los que habian  
 « arrojado á los bárbaros , y los que habian salva-  
 « do la Grecia . Un pueblo capaz de tan grandes

cosas, merecia sin duda consideraciones. La envidia le atribuye á crimen hoy dia la autoridad que ejerce sobre una parte de las naciones griegas; pero Lacedemonia es quien se la ha cedido: la conserva, porque no podria abandonarla sin peligro: entre tanto, ejerciéndola, prefiere la dulzura á la severidad; y si algunas veces se ve obligada á emplear el rigor, es porque el mas debil no puede ser contenido en la dependencia, sino por la fuerza. « Que Lacedemonia cese de escuchar las quejas injustas de los aliados de Atenas, y el zeloso furor de sus propios aliados: que antes de tomar un partido, reflexione sobre la importancia de los intereses que se van á ventilar, y sobre la incertidumbre de los acaecimientos á los cuales se va á exponer. Lejos de aquí aquella embriaguez que no deja á los pueblos oír la voz de la razon, sino cuando ya han llegado al cúmulo de los males, y que hace que toda guerra acabe por donde debia empezar. Toda vía es tiempo: podemos poner fin á nuestras disensiones amigablemente, como lo previenen los tratados; pero si despreciando vuestros juramentos, rompeis la tregua, haremos testigos á los dioses vengadores del perjurio, y nos prevendremos para la mas vigorosa defensa.»

Acabado este discurso salieron los embaja-

dores de la asamblea; y el rey Arquidamo, que juntaba una larga experiencia á una sabiduría profunda, conociendo en la agitacion de los espíritus, que la guerra era inevitable, quiso á lo menos retrasar el momento.

« Pueblo de Lacedemonia, dijo, he sido testigo de muchas guerras, como muchos de vosotros; y por lo mismo temo mas la que vais á emprender. ¿ Quereis sin preparativos y sin recursos atacar á una nacion ejercitada en la marina, temible por el número de sus soldados y de sus bajeles, rica con las producciones de su suelo y con los tributos de sus aliados? ¿ Qué es lo que puede inspiraros esta confianza? ¿ Acaso vuestra armada? ¿ Pero cuánto tiempo seria necesario para repararla? ¿ Es el estado de vuestras rentas? Mas no tenemos tesoro público, y los particulares son pobres. ¿ Es la esperanza de separar de Atenas á los aliados? Pero como la mayor parte son insulares, seria preciso dominar el mar para promover y sostener su separacion. ¿ Es el proyecto de talar los campos de la Atica, y terminar en una campaña esta disputa? ¡ Ah! ¿ Pensais que la pérdida de una cosecha, tan facil de reparar en un pais donde florece el comercio, obligará á los Atenienses á pedirnos la paz? ¡ Ay, y cómo temo mas bien que dejemos por herencia á nuestros hijos esta

« guerra! Las hostilidades de las ciudades y de  
 « los particulares son pasajeras; pero cuando  
 « se enciende la guerra entre dos Estados po-  
 « derosos, es tan difícil prever las consecuen-  
 « cias, como salir de ellas con honor.

« Yo no soy de parecer que dejemos á nues-  
 « tros aliados en la opresion; solamente digo,  
 « que antes de tomar las armas, debemos enviar  
 « embajadores á los Atenienses, y entablar una  
 « negociacion. Ellos acaban de proponernos este  
 « medio, y seria injusto desechárselo. Entre  
 « tanto recurriremos á las naciones griegas, y,  
 « pues la necesidad lo exige, á los bárbaros mis-  
 « mos, para pedir socorros en dinero y barcos.  
 « Si los Atenienses desprecian nuestras quejas,  
 « las repetiremos despues de dos ó tres años de  
 « preparativos; y acaso entonces los hallaremos  
 « mas dóciles.

« La lentitud que se nos atribuye ha sido siem-  
 « pre la que ha hecho nuestra seguridad: jamas  
 « nos han hecho entrar en empresas temerarias  
 « ni las reprensiones ni los elogios. Nosotros no  
 « somos bastante diestros para rebajar con dis-  
 « cursos elocuentes el poder de nuestros ene-  
 « migos; pero sabemos que para ponernos en dis-  
 « posicion de vencerlos, es preciso estimarlos,  
 « juzgar de su conducta por la nuestra, preve-  
 « nirnos tanto contra su prudencia, como contra  
 « su valor, y contar menos con sus faltas, que

« con la sabiduría de nuestras precauciones.  
 « Creemos que un hombre no se diferencia de  
 « otro hombre; pero tambien creemos, que el  
 « mas temible es aquel, que en las ocasiones  
 « críticas se conduce con mas prudencia y co-  
 « nocimiento.

« No nos separemos jamas de las máximas que  
 « recibimos de nuestros padres, y que han con-  
 « servado esta república. Deliberad despacio:  
 « que no decida un instante solo de vuestros  
 « bienes, de vuestra gloria, de la sangre de tan-  
 « tos ciudadanos, y del destino de tantos pue-  
 « blos: dejad divisar la guerra, y no la declareis:  
 « haced preparativos, como si nada esperaseis  
 « de las negociaciones; y creed que estas me-  
 « didas son las mas útiles á vuestra patria, y las  
 « mas propias para intimidar á los Atenienses.»

Acaso las reflexiones de Arquidamo hubieran  
 detenido á los Lacedemonios, si para estorbar  
 su efecto no hubiera exclamado repentinamente  
 Estenelaidas, uno de los éforos diciendo.

« Nada entiendo de la elocuencia verbosa de  
 « los Atenienses: jamas cesan de hacer su elogio,  
 « y nunca dicen palabra para su defensa. Cuanto  
 « mas irreprochable fué su conducta en la guerra  
 « de los Medos, tanto mas vergonzosa es el dia  
 « de hoy; y yo los declaro dos veces dignos de  
 « castigo, pues que eran virtuosos, y han de-  
 « jado de serlo. Por lo que hace á nosotros, siem-

« pre los mismos , no haremos traicion á nues-  
 « tros aliados, y los defenderemos con el mismo  
 « ardor con que se les ataque. En lo demas no se  
 « trata aquí de discursos y discusiones: á nuestros  
 « aliados no se les ha ultrajado con palabras. La  
 « venganza mas pronta, ved aquí lo que conviene  
 « á la dignidad de Esparta. Y que no se diga  
 « que nosotros debemos deliberar despues de  
 « haber recibido un insulto: á los otros era á  
 « quienes tocaba deliberar mucho tiempo antes  
 « de insultarnos. Opinad pues por la guerra ¡ó  
 « Lacedemonios! y para poner últimamente li-  
 « mites á las injusticias y ambicion de los Ate-  
 « nienses , marchemos , bajo la proteccion de  
 « los dioses , contra esos opresores de la liber-  
 « tad. »

Dijo; y al punto llamó al pueblo á votar. Mu-  
 chos de los asistentes fueron del parecer del  
 rey; pero el mayor número decidió que los Ate-  
 nienses habian rompido la tregua, y se resolvió  
 convocar una dieta general para resolver de-  
 finitivamente.

Llegados todos los diputados, se volvió á  
 poner el asunto en deliberacion, y se decidió  
 la guerra á pluralidad de votos. No obstante,  
 como nada habia preparado todavía, se encargó  
 á los Lacedemonios, que enviasen diputados á  
 los Atenieses, y hacerles presentes las quejas  
 de la liga del Peloponeso.

La primera embajada no tuvo otro objeto que  
 obtener la separacion de Pericles, ó hacerle  
 odioso á la multitud. Los embajadores pretexta-  
 ron razones ajenas de las disensiones de que se  
 trataba, y que no causaron impresion alguna en  
 los Atenieses.

Otros nuevos diputados ofrecieron continuar  
 la tregua: propusieron algunas condiciones, y por  
 fin se ciñeron á pedir la revocacion del decreto  
 que prohibia el comercio de la Atica á los habi-  
 tantes de Megara. Pericles respondió, que las  
 leyes no les permitian quitar la tabla donde es-  
 taba escrito el decreto. « Si no la podeis quitar,  
 « dijo uno de los embajadores, volvedla sola-  
 « mente: vuestras leyes no os lo prohiben. »

Últimamente, en una tercera embajada se con-  
 tentaron los diputados con decir: « los Lacede-  
 « monios desean la paz, y no la hacen depender  
 « mas que de un punto: permitir á las ciudades de  
 « la Grecia gobernarse por sus leyes. » Esta última  
 proposicion se discutió en la asamblea del pueblo  
 como las precedentes; y al ver que los pareceres  
 estaban divididos, se apresuró Pericles á subir á  
 la tribuna, y representó, que segun los tratados,  
 las desavenencias suscitadas entre las ciudades  
 contratantes se debian ventilar por vias pacifi-  
 cas; y que entre tanto cada uno debia gozar de lo  
 que poseia. « Con desprecio de esta decision for-  
 « mal, dijo, los Lacedemonios nos significan im-

« periosamente sus resoluciones; y no dándonos  
 « á elegir mas que entre la guerra y la sumision,  
 « nos mandan renunciar á las ventajas que hemos  
 « logrado sobre sus aliados. ¿No publican ellos  
 « que la paz pende únicamente del decreto dado  
 « contra [Megara? ¿Y muchos de vosotros no  
 « exclamais, que por tan leve motivo no se deben  
 « tomar las armas? Atenienses, tales ofrecimien-  
 « tos no son mas que una celada grosera: es preci-  
 « so despreciarlos hasta que se trate con nosotros  
 « de igual á igual. Toda nacion que pretende dic-  
 « tar leyes á una nacion rival, la propone cadenas.  
 « Si cedierais en un solo punto, se creeria que se os  
 « habia hecho temblar, y desde aquel momento  
 « se os impondrian condiciones mas vergonzosas.  
 « ¿Y qué podeis temer hoy de esa muchedum-  
 « bre de naciones, tan diferentes en origen como  
 « en principios? ¿Qué lentitud en la convocacion  
 « de sus dietas! ¿Qué confusion en la discusion  
 « de sus intereses! Dedican un momento al bien  
 « general, y lo demas á sus provechos particula-  
 « res. Estas no piensan mas que en su venganza:  
 « aquellas solo en su seguridad; y casi todas  
 « echando unas sobre otras el cuidado de su con-  
 « servacion, corren á su pérdida comun sin ad-  
 « vertirlo.»

Pericles hizo ver despues, que no estando los  
 aliados del Peloponeso en estado de hacer mu-  
 chas campañas, el mejor modo de reducirlos

era el cansarlos, y oponer una guerra de mar  
 á una guerra de tierra. « Ellos harán invasiones  
 « en la Atica, y nuestras flotas asolarán sus cos-  
 « tas: ellos no podrán reparar sus pérdidas, mien-  
 « tras que nosotros tendremos campos que cul-  
 « tivar, sea en las islas, ó sea en el continente. El  
 « imperio del mar da tanta superioridad, que  
 « si estuviesséis en una isla, ninguna potencia  
 « se atreveria á atacaros. No consideréis á Ate-  
 « nas mas que como una plaza fuerte, y en cierto  
 « modo separada de la tierra: llenad de solda-  
 « dos los muros que la defienden, y las naves  
 « que están en sus puertos. Que el territorio que  
 « la rodea os sea extraño, y llegue á ser á vues-  
 « tra vista presa de los enemigos. No cedais al  
 « valor insensato de oponer vuestro valor á la  
 « superioridad del número. Una victoria haria  
 « venir luego sobre vosotros ejércitos mayores:  
 « una derrota sublevaria á los aliados, á quienes  
 « contenemos por la fuerza. No se deberia llo-  
 « rar la pérdida de vuestros bienes, sino la de  
 « los soldados que expusieséis en una batalla.  
 « ¡Ah! si yo os lo pudiera persuadir, en este  
 « instante mismo llevariais el hierro y el fuego  
 « á nuestros campos, y á las casas que los cu-  
 « bren; y los Lacedemonios aprenderian á no  
 « mirarlas ya como prendas de nuestra esclavi-  
 « tud.

« Yo tendria otros garantes de la victoria que